

El Hijo Pródigo

Por el Rev. Venema

Lectura Bíblica: Lucas 15: 11-32

Salterio 283: 1, 2, 3

342: 1-4

435: 3

241: 1-3

Queridos amigos:

Vamos a considerar la parábola del hijo pródigo, que se encuentra en Lucas 15. Como nuestro texto, tomaremos solamente el versículo 12, donde leemos en la Palabra de Dios:

“Y el menor de ellos dijo a su padre: Padre, dame la parte de los bienes que me corresponde; y les repartió los bienes”.

Con la ayuda de Dios, vamos a considerar al hijo pródigo con tres pensamientos principales. Vamos a considerarlo

- 1. Lejos de su casa;**
- 2. Anhelando su casa;**
- 3. Llegando a casa por fin.**

Primer pensamiento

Entonces, amigos, hoy deseamos hablar acerca de la muy conocida parábola del hijo pródigo. ¿Quién no habrá escuchado de este hijo pródigo que pidió a su padre los bienes que le correspondían, y que luego se fue a una provincia lejana? Seamos honestos, amigos, tal vez hemos escuchado acerca de esta parábola tantas veces de modo que pensamos que ya no queda más que decir que no hayamos escuchado anteriormente. Sin embargo, aunque puede ser que hayamos escuchado mucho sobre el hijo pródigo, no es cierto que no quede más que decir sobre él. ¿Por qué? Porque el “hijo pródigo” habita más cerca de nosotros de lo que pensaríamos. Tal vez él vive cerca de su casa; lo conoce, el maleante que emplea maldiciones y se burla de Dios. ¿No ve? ¿Acaso no podemos decir que él es el hijo pródigo? O quizás el hijo pródigo vive bajo el mismo techo que usted; tal vez es su hermano que no vive como debe de vivir. O, puede ser que el hijo pródigo esté sentado en el mismo banco de la iglesia en que está sentado usted ahora. Pero aún así, le voy a decir que el hijo pródigo vive aun más cerca todavía. Hay un dedo que

señala a usted mismo, y hay una voz que dice con Natán cuando señaló a David: “Tú eres aquel hombre” (2 Sam. 12:7). Sí, de hecho, usted es aquel hombre, y aunque puede ser que sus padres no hayan tenido muchas dificultades con usted como hijo, hay Uno que sí está ofendido a causa de usted y sus pecados: ¡es Dios!

En la parábola que hemos leído, ¿por cuánto tiempo quedó el padre mirando en la dirección donde se había ido su hijo pródigo? No lo sabemos, pero lo que sí sabemos es que el Dios Supremo lo ve a usted en la tierra lejana del pecado, por cuanto tiempo haya estado allí. Tomando en cuenta esta parábola de esa manera, creo que la podemos resumir con una sola palabra, ¡y esa palabra es “amor”!

En nuestra mente, imaginemos a un padre que busque a su hijo perdido día tras día, con sus ojos llenos de lágrimas. ¿No es ese el amor verdadero? Es un amor que no se puede expresar con palabras, y sólo puede experimentarse en carne propia. Alguien una vez escribió lo siguiente en cuanto a esta parábola del hijo pródigo: “Aunque todos los mares fueran llenos de tinta, y cada brizna de hierba fuera un bolígrafo, y aunque todo el cielo azul fuera una gran hoja de papel; si con todo eso los ángeles de Dios tuvieran que escribir una descripción del amor, pues no podría ser descrito jamás el amor de Dios hacia un pecador”.

Si entendiéramos algo de este inmenso amor de Dios, también sabríamos cuán grave es el pecado; es como pisar el corazón de Dios, ofendiéndole en Su gran amor. Y, a pesar de todo eso, Dios aún está buscando a Sus hijos. Cuando lo vemos así, entonces, ¡cuán incomprensible es que el padre de nuestra parábola sea movido a misericordia para con su hijo que vuelve tan delgado y consumido del hambre! No podemos comprender lo que contenía ese beso que el padre le dio a su hijo sucio; no podemos comprender el hecho de que el becerro gordo fuera matado por uno tan vil, y que se vistiera con el mejor vestido y que le pusiera el anillo en su mano. Oh, cuando estas cosas llegan a ser nuestra experiencia por la gracia de Dios, no podemos hacer más que humillarnos delante de Él. En ese contexto veremos cómo esta parábola representa las experiencias en carne y hueso del pueblo de Dios, y el amor de Dios Padre para con Sus hijos.

Nuestra parábola nos transporta a la hermosa tierra del Medio Oriente. Lo que nos llama nuestra atención en el primer lugar es que ha sido Cristo Mismo que habló las palabras de esta parábola. El gran Maestro de la justicia, los labios de la verdad misma nos han contado esta parábola. ¿Quién podía predicar como Él? Oh, nunca jamás ha podido alguien proclamar la Palabra como podía Jesús. Después de todo, sólo Jesús sabía lo que era el amor, y sólo Él conoció el verdadero amor al Padre. Bien sabía Jesús cómo ese amor se manifiesta en el hecho de que busca y salva a los pecadores. Cristo pagó el último precio posible, Su propia vida, para necios y ciegos que eran rebeldes. Y a través de esa sangre que derramó, Jesús abrió el camino para que hijos e hijas pudieran y puedan volverse al Padre. Por eso, la instrucción de Jesucristo, también en esta parábola, está repleta con amor.

En nuestra mente, entonces, imaginemos que en aquella hermosa tierra lejana en el Medio Oriente vivía un padre de buenos recursos junto con sus dos hijos. ¿Cuán rico habría sido este padre? Pienso que palabras humanas serían muy pobres para intentar explicarlo: este padre tenía una gran abundancia de terreno, ni hablar de su gran tesoro de oro y plata. Sin embargo, para este padre, la riqueza que le valía más que todo fueron sus dos hijos.

¿Qué clase de hijos eran? Eran hijos “normales”, tales como los hijos que tenemos ustedes y yo. La Palabra de Dios nos dice que había un hijo mayor y otro hijo menor. De hecho, aunque en nuestra parábola estos dos hijos se separaron, tanto el hijo menor como el hijo mayor estaban perdidos. El hijo menor estaba perdido en una provincia apartada, lejos de su casa, mientras el hijo mayor estaba perdido en casa con su padre.

Esta es una lección que debemos tomarnos a pecho. Con uno de los hijos, el pecado brotó y se manifestó externamente, y todos podían ver quién era él. Sin embargo, con el otro hijo, es como el “envase” del pecado todavía estuviera tapado: lo que moró en el corazón se quedó escondido para los demás. Aquí vemos muy claramente que uno puede estar “perdido” no sólo en el campo deportivo o en la cantina, sino también como el hijo obediente que vive con su padre en casa. Es posible estar perdido con un frente bautizado; aún más, es posible estar perdido aunque uno participa en la Santa Cena del Señor.

Estas son las lecciones que se enseñan en la escuela de la gracia soberana. Son lecciones profundas que no adulan ni honran de ninguna manera la carne, pero son lecciones que son muy beneficiosas para mantenernos humildes ante Dios y nuestro prójimo.

Bueno, ¿qué sucede en nuestra parábola? Lo hemos visto acontecer como si fuera delante de nuestros propios ojos. Algún día, el hijo menor se acerca a su padre en la sala. Esto de por sí no habría sido nada raro; más bien, creo que sería un hecho muy común en esa casa, porque el hijo tenía algo que decirle a su padre. Nos parece que lo que quiere decir es de mucha importancia. Escuchemos lo que dice el hijo a su padre: “Padre, dame la parte de los bienes que corresponde”.

¿Entiende usted lo que le está pidiendo al padre aquí? El hijo ya quiere la porción de su herencia que le correspondía. En aquellos tiempos, cuando el padre murió, el hijo mayor recibía dos tercios de los bienes de su padre, y el hijo menor solía recibir el tercio que quedó. No obstante, en esta ocasión, el hijo menor no quiere esperar el debido tiempo para recibir su herencia; la quiere ahora mismo. Si podemos decirlo en otras palabras, ¡es como el hijo deseara que muriera su padre! También, este hijo es uno que posee derechos, según él, y exige los bienes que le corresponden. No viene como un mendigante, sino viene como uno que tiene derechos, porque dice: “Dame la parte de los bienes que me corresponde”. Amigos, no levantemos piedras para echar al hijo menor todavía, porque de hecho, el mismo hijo pródigo vive muy cerca de nosotros. Permítanme aclarar este punto.

“¡Mis bienes!” Sí, todos nosotros hemos recibido muchos bienes. Tenemos nuestra salud, nuestro pan diario, nuestros dones y nuestros talentos. Y, ¿para qué propósito hemos recibido todo esto? Lo hemos recibido para servir a Dios en esta vida, y para que un día recibamos la plena herencia en la vida eterna. Sin embargo, por la naturaleza, el hombre necio quiere tener sus bienes aquí en esta vida. ¿No es cierto que todos queremos disfrutar de esta vida al máximo? ¿Acaso somos diferentes del hijo menor, el que consideró que los bienes eran suyos por derecho? Su vida de él, y nuestra vida por la naturaleza, es el de comer y beber en esta vida. Solamente les señalaría a ustedes al Paraíso, donde el hombre degenerado reclamó ante su Creador: “Dame la parte de los bienes que me corresponde”.

Podemos encontrarnos a nosotros mismos en Salmos 2:3, donde leemos las palabras que dijimos al Señor en el Paraíso: “Rompamos sus ligaduras, y echemos de nosotros sus cuerdas”. Y, como resultado de nuestra exigencia pecaminosa en el Paraíso, ahora vivimos lo que mora en nuestro corazón. Cada día hay hijos pródigos que quieren romper “sus ligaduras”: quieren romper las ligaduras de esa vida piadosa, y quieren echarse de sí las “cuerdas” opresivas y aburridas de la religión de sus padres. De hecho, esto se aplica a cada uno de nosotros, porque por nuestra naturaleza, cada uno de nosotros quiere ser “libre”, y el hombre no quiere pensar en la eternidad y una felicidad que vendrá en el futuro: ¡todos queremos nuestros bienes ahora mismo!

Volvamos a nuestra parábola, donde vemos que el padre permaneció en silencio. Esto es algo muy llamativo: es el resultado del amor ofendido, y es un amor silenciado. No es posible imaginarse cómo se sintió el padre en aquel momento mientras estaba en la sala con su querido hijo que ya no estaba contento con el amor de su padre.

Hace varios años, había un hijo que se había cansado de estar en casa de sus padres. Lo aguantaba por mucho tiempo, pero una noche hubo una discusión acalorada sobre el tema: el padre quería que su hijo se quedara en casa, pero el hijo no quería quedarse más. Mamá estaba llorando, pero el hijo golpeó la mesa con su mano y anunció que se iba a marchar. Su mamá se puso de arrodillas delante de la puerta de la casa, y con lágrimas le dijo al hijo: “Mi querido hijo, si te vas, tendrás que irte por encima del cuerpo de tu mamá que te ama”. Hubo silencio por un momento, y luego ¿qué sucedió? El hijo pisó el cuerpo de su madre y se marchó de la casa. Este hecho verídico es precisamente el mismo pecado que cometió el hijo pródigo; él pisó, como si fuera, su propio padre, y pisó el corazón amoroso de su padre para irse de la casa, así aumentado la profunda tristeza de su padre.

Pero amigos, ¡esperen aún con sus pensamientos y sus juicios! No se apuren a juzgar al hijo pródigo, porque de hecho, “Tú eres aquel hombre”. El pecado del hijo pródigo también es su pecado y mi pecado. “Pecamos nosotros, como nuestros padres; hicimos iniquidad, hicimos impiedad” (Salmos

106:6). Allí en el Paraíso, nosotros hemos pisado el corazón amoroso de Dios, y lo hicimos de nuestra propia voluntad y de propósito. No había ni siquiera un solo motivo para desviar de la obediencia a Dios.

¿Sabemos lo que es peor, amigos? Es imposible reparar esta brecha que hemos abierto; cuando en silencio el padre le dio a su hijo sus bienes, el pecado que el hijo había cometido era tan grave de modo que ya nunca puede ser arreglado por sí mismo. El hijo ha ofendido y ha aborrecido el amor mismo. Así es, amigos, con nuestro caso: la brecha que existe entre Dios y nuestra alma es sin fin, y no es posible repararla por nuestra parte. Ninguna cantidad de lágrimas o buenas intenciones puede ser de ayuda alguna en nuestro caso. Para nosotros sólo se aplican las palabras: “Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad” (Mateo 7:23). Otra vez, este tipo de lección debe ser aprendida en la escuela del Espíritu Santo. Es difícil aprender que no tengo más derechos con Dios, y que el único derecho que tengo es el de perderse para siempre.

En nuestra parábola, ¿pueden ver al hijo marcharse de la casa en el mismo momento? No, no leemos que se fue inmediatamente. Nuestro capítulo dice: “No muchos días después...” Esto es una provocación más de parte del hijo, y al actuar así, el hijo pisa el corazón de su padre aun más, y aumenta su tristeza. Por algunos días, el hijo deambula en la casa y en la propiedad de su padre. No lo hizo para arreglar con su padre, pero lo hizo para asegurar que había juntado *todos* los bienes que le correspondían.

Y, luego se fue. ¿Adónde? Se fue lejos, a una provincia apartada, lejos de su padre. Tal vez alguien pregunta ahora: “¿Cuán lejos estamos de Dios?” Amigos, no se puede expresar eso, especialmente cuando un pecador experimenta que estamos infinitamente lejos de Dios, y lo peor es que ni siquiera nos damos cuenta de que vivimos tan lejos de Él. Allí hay uno que vive con sus deportes y sus billares, mientras allá hay otro que se ocupa de su religión, y a pesar de que sean tan distintos en su forma de vida, se puede decir de ambos que viven en una “provincia apartada”.

Nuestra parábola nos cuenta cómo vivió el hijo pródigo en esa tierra lejana. “Allí desperdició sus bienes viviendo perdidamente”. No le falta la oportunidad de vivir así en aquella tierra, porque no le falta el dinero para ello. Le parece que no sería posible gastar todo, y por lo tanto, su manera de gastar le atrae

muchos amigos. Hasta la madrugada ellos viven con el pensamiento: “Comamos y bebamos, porque mañana moriremos” (1 Cor. 15:32).

Oh, así es la práctica de nuestra vida, ¿no es cierto? El Señor nos otorga tantos bienes, y pareciera que nuestra juventud no tuviera fin. Somos fuertes, y nuestra salud es como una flor recién brotada. Así el hombre baila y festeja a través de los años, sin Dios.

Pero de repente, se acaba el dinero del hijo pródigo, y se ha gastado su último centavo. De un momento a otro los buenos tiempos se acaban, y sus amigos lo abandonan. Allí lo vemos, solo, y como una persona deshecha.

En la vida de la gracia, tal punto es toda una escuela de instrucción cuando una persona puede experimentar lo que experimentó el hijo pródigo. ¡Qué bendición es cuando se puede experimentar esto antes de la hora de nuestra muerte, cuando ya es demasiado tarde! Sin embargo, ¡cuántos han tenido que experimentar este hecho en la hora de la muerte, y sólo se ha escuchado el lamento: “¡Tarde, demasiado tarde!” Nunca sería posible vivir de nuevo nuestra vida. Reitero, ¡qué bendición es cuando uno aprende esta lección durante el tiempo de la gracia y no en la hora de su muerte! El rey Manasés tenía que ir a la bancarrota mientras estaba en la cárcel; Efraín tenía que aprender que no merecía nada. Aun el ladrón de la cruz aprendió esto, aunque fue durante las últimas horas de su vida.

No, amigos, la vida de la gracia no comienza con gozo. Más bien, la escuela del Espíritu Santo llega a ser una escuela de sufrimiento en el principio de la vida de la gracia. No es fácil perder todos nuestros bienes; no es fácil tener que perder nuestra salud. En aquel momento el reloj señala al tiempo cuando Dios vendrá en Su justicia, y es en aquellos momentos que mis amigos me abandonan, y me quedo solo. Entonces se escucha la demanda de la justicia de Dios: “Págame todo lo que me debes”.

¿Adónde se volverá uno que se encuentra en tales circunstancias? Ah, ya escucho los religiosos decir: “¡Vaya a Jesús!” Hoy en día el hombre piensa que llega allí tan rápidamente. Pero en el caso del hijo pródigo, oh, ¿cómo podría él volverse a su padre? ¿Acaso hay una manera de sanar esa rotura? (Salmos 60:2) No, para el pecador, en aquel momento ya no existe una manera de volverse de parte de sí

mismo, y es allí donde los sufrimientos del infierno comienzan, y hay el gusano que los muerde y tormenta, diciendo: “¡Es tu propia culpa; toda es culpa tuya!”

Aun así, el hijo pródigo tiene que hacer algo. Sus amigos lo han abandonado, y ahora, ¿qué hará? Bueno, leemos que “se arrimó a uno de los ciudadanos de aquella tierra”. Ahora él tiene que trabajar para mantenerse y para no morir de hambre. Hemos estado hablando acerca de la escuela del sufrimiento, ¿no es cierto? Bueno, amigos, para el hijo pródigo, aquí comenzó esa escuela. Ya no le favorecen porque se viste mejor que los demás, ¡oh no! Ahora él tiene que hacer lo que jamás había hecho en su vida: tiene que apacentar los cerdos. Muy pronto su ropa fina se desgasta, y así, al trabajar, él se hace menos y menos, y también se hace más flaco cada día. Más que su pan diario, él tiene que alimentarse con el pan de lágrimas.

Estas lecciones en aquel “escuela” no son fáciles para la carne. El hijo pródigo trabajaba para uno de los ciudadanos de aquella tierra, y ese “ciudadano” nunca estaba satisfecho. Constantemente el hijo pródigo escuchaba las palabras: “¡Maldito, maldito para siempre!”

Leemos en la Biblia que “no aprovecharán las riquezas en el día de la ira” (Prov. 11:4), y vemos la verdad del dicho en la vida del hijo pródigo. No es fácil para él cuando ve que cada noche los cerdos van a su chiquero, pero él tiene que quedarse afuera. ¡No es una cosa fácil hacerse menos que un cerdo! Él queda sin techo, y experimenta lo que se lee en la Palabra de Dios: “Y los cielos que están sobre tu cabeza serán de bronce, y la tierra que está debajo de ti, de hierro” (Deut. 28:23). En la vida de un hijo de Dios, cuando se experimentan estas cosas, la persona trata de arreglar todo otra vez con sus oraciones, ayunas, y sus propias obras. Otra vez se encuentra tal persona en la iglesia, y la Biblia aparece de nuevo en su vida. Pero aun así, las cosas van de mal en peor. En el caso del hijo pródigo, él todavía tenía que comer, pero no había qué comer para él, ni aun las algarrobas que comían los cerdos. Llega a tal punto en su vida cuando tiene que quitar algo de los cerdos para llenar su estómago, porque nadie le da nada. Sí, amigos, cuando un pecador recibe su cuenta de deuda, la cuenta de su pecado ante un Dios justo, se encuentra en un pozo muy, muy profundo.

Quizás hay alguien como este hijo pródigo escuchando esta mañana; tal vez hay un hijo pródigo en medio de nosotros que ve su propia imagen en el joven que apacienta los cerdos. Quizás usted no puede dormir de noche, y no tiene ni un centavo con que pagar su gran deuda ante Dios, y aun así su deuda se hace más grande cada día. Para tal persona, el hijo pródigo no vive lejos, sino está en la iglesia hoy, y él o ella escucha las palabras “Tú eres aquel hombre”.

Ahora trataremos de buscar la aplicación personal de esta parábola. Es cierto que es una parábola, es decir, una imagen de la vida diaria que Cristo usaba para enseñarnos algo. La instrucción de Cristo es siempre personal, y a través de los siglos, Él nos ha querido decir algo muy importante con esta parábola. Usted y yo debemos buscar al hijo pródigo muy cerca de nosotros, más bien, adentro de nuestro propio corazón.

En las tres parábolas que Cristo contó en nuestro capítulo, se encuentra el mismo propósito y el mismo significado. Leemos acerca de la oveja perdida, la dracma perdida, y ahora el hijo pródigo que está perdido. Con la parábola de las ovejas, una de las cien ovejas se había perdido; con la parábola de las dracmas, una de las diez dracmas se perdió; y ahora, con la parábola de hoy, uno de dos hijos se había perdido.

El hombre puede estar “perdido” en muchos sentidos. Puede ser que sea como una oveja que desvía del pastor y de las demás ovejas, o puede que sea como la dracma que se perdió entre las cosas del mundo. Sin embargo, uno puede perderse como el hijo mayor o el hijo menor de nuestra parábola. Usted y yo, por la naturaleza, también estamos perdidos, y hoy el espejo se pone delante de nosotros y nos pregunta: “¿En qué estado te has perdido?” Tal vez para uno ha sido con el baile, con el deporte, y con la televisión de este mundo. Pero quizás para otro, no es igual, porque él o ella no se olvidan de sus deberes religiosos, y piensa que guarda los mandamientos de Dios. Pero aún así, ¡está perdido!

Aquí me dirijo en particular a los jóvenes en medio de nosotros. ¡Cuántos son las atracciones del mundo, y cuántos son los que se han ido a aquella “tierra lejana”! Algunos se han ido de una manera abierta, mientras otros lo han hecho en secreto. Se han pisado los corazones de los padres y de las madres,

pero sobre todo, se han burlado de Dios. Es posible que para usted esta vida sea divertida; no obstante, ¡sepa que habrá un fin terrible para una persona que vive así! Ni yo ni usted sabemos cuándo será ese fin, pero sí sabemos que aquel fin puede venirse muy repentinamente. ¡Cuántos se han muerto en la flor de su vida, a los cuales se ha dicho luego: “Da cuenta de tu mayordomía”! (Lucas 16:2) ¡Cuán terrible sería ser quitado directamente del gozo de esta vida para aparecer en la eternidad, y no convertido!

Espero que la “flecha” de la palabra hoy no se caiga al lado suyo esta mañana, sino que le hiera a usted mismo en el corazón. Si es así, usted tendrá que asistir a la escuela otra vez, pero esta vez será la escuela del sufrimiento. Usted tendrá que aprender que el pecado se comete a un gran costo. No piense, amigo, que terminará el aprendizaje de esa escuela rápidamente, porque la Iglesia de Dios queda en esa escuela hasta el día de su muerte. En esa escuela los hijos de Dios aprenden contra Quien han pecado, y aprenden que han pecado contra el gran amor de Dios. Ahora, entonces, hablaremos más sobre lo que obra ese amor Divino, cuando seguimos a nuestro segundo pensamiento, donde vemos al hijo pródigo *anhelando su casa*.

Segundo pensamiento

En aquella tierra lejana, junto con los cerdos, el joven hambriento se cae a sus rodillas, y las lágrimas calientes corren de sus ojos. Dentro de su alma se experimenta el significado de las palabras: “Padre, he pecado contra el cielo y contra ti, y ya no soy digno de ser llamado tu hijo”. Esta lección es tan preciosa en la escuela del Espíritu Santo, aunque no tenga nada de valor para los compañeros de aquel joven en la tierra lejana. De hecho, ni al hijo mayor les gustan estas palabras, porque como nos enseña la Biblia, la enseñanza del Espíritu es locura para el mundo y una ofensa para los religiosos y piadosos del mundo, pero en el cielo hay gran gozo por un pecador arrepentido.

Le conviene a cada uno de nosotros preguntarse si esta lección que había aprendido el hijo pródigo es algo que conocemos personalmente. ¿Somos extranjeros a estas palabras amargas del arrepentimiento y esa tristeza según Dios? ¿Sabemos algo de “herir nuestro muslo” (Jer. 31:19) o del

llanto a Dios en el cual uno pide la gracia? Tal vez alguien diga: ¿Cómo es posible esto? Oh, no es fruto de nosotros mismos, de ninguna manera. Lo que hemos visto y escuchado del hijo pródigo sólo es el fruto de arriba, el fruto del amor Divino. Es por eso, como fruto del Espíritu, que leemos acerca del hijo pródigo “volviendo en sí”. Sí, amigos, eso es lo que pasa en la hora cuando el Espíritu obra: el pecador vuelve en sí. Mientras sirve al mundo, o mientras se consuela con una religión falsa, el pecador no sabe nada de esto. Sin embargo, cuando la flecha que se lanza del arco Divino alcanza su blanco, el primer fruto que se ve es que uno vuelve en sí, tal como sucedió con el hijo pródigo. Entonces el pecado se hace pecado para tal persona, y Dios se hace Dios en el corazón. Además, el castigo y el infierno se hacen verdaderos para el pecador en aquel momento, y para él, los placeres del mundo ya se acaban.

Bien lo sé que las lágrimas jamás son el fundamento de la salvación; sin embargo, es cierto que no se aprende la salvación verdadera sin lágrimas, y esas lágrimas son a la vez amargas y dulces. Hay momentos más tarde en la vida del hijo de Dios cuando desea tener esas lágrimas otra vez.

Para el joven junto al comedero de los cerdos, todo se ha hecho verdadero, y para él, es la verdad que no sólo ha pecado contra el cielo, sino que también ha pecado contra su padre. ¿Puede entender eso usted? El camino de vuelta al padre no comienza con gozo, sino que comienza con la tristeza verdadera por causa del pecado. Fíjense que esta tristeza no es por causa de las *consecuencias* del pecado, sino por el pecado mismo, lo que es algo mucho más profundo. El hijo pródigo ya había recibido las consecuencias del pecado, como su ropa desgastada y su cuerpo flaco y hambriento, pero como él se da cuenta, todo eso es por su propia culpa. Pero ¡ese pecado que ha cometido contra su padre amoroso! El hecho de que había pisado el corazón de su querido padre ya le duele muchísimo.

Bueno, amigo, ¿le ha enseñado el Señor a usted a volver en sí? Para usted, igual que el hijo pródigo, será necesario que haya un rendimiento de cuentas y un dejar de los caminos malos. Lo escuchamos decir: “Me levantaré e iré a mi padre”. Yo sé que a veces es posible que haya buenas intenciones en la vida de uno que nunca se llevan a cabo. Sin embargo, cuando es la obra de Dios, entonces un pecador descubierto simplemente no puede quedarse en la “tierra lejana” de pecado. Oh, en

aquellos momentos, ¡cuántos deseos tiene tal pecador de ser salvo! Y es así que el hijo pródigo desea volverse a casa. Un pecador descubierto desea vivir según todos los mandamientos de Dios, y desea ser librado de todo pecado.

Además, vemos que el hijo ya no se considera digno de ser llamado hijo de su padre. Para él, sería suficiente vivir como jornalero, ¡siempre que pudiera estar en casa otra vez! Hoy en día, el hombre se declara pecador, pero se mantiene con tantos derechos aun. Sí, hoy en día es como si el hombre estuviera más dispuesto de salvarse que Dios Mismo. El hombre quiere ser hijo de Dios, pero pareciera que no haya escuchado que de sí mismo eso se ha hecho imposible, ya que ha pecado contra el amor de Dios. Pero vemos otra actitud en el hijo pródigo. Él no se siente digno de nada ya, y de hecho, se siente digno de perecer allá en esa tierra lejana. En otras palabras, con un pecador en que el Espíritu está obrando, lo que tiene más importancia no es el cielo de Dios, sino Dios Mismo del cielo. El hijo, entonces, no se siente digno de ser llamado hijo de su padre. Sólo desea comer de las migajas que caen de la mesa del Padre, igual como un perro. De este modo, el hijo pródigo se hace contento con el lugar más humilde y más bajo de toda la casa de su padre.

Y ahora lo veo andando en el camino rumbo a la casa de su padre. No, ¡para él eso no es una cosa fácil! El salir de su casa había sido tan fácil, pero el regreso es un camino de culpa. Ya no se viste de su ropa festiva con la cual se había ido de su casa hace tiempo. No, ahora se está volviendo con su ropa sucia, y con su cuerpo tan delgado de hambre. ¿Lo ven en su camino de regreso, jóvenes? En él podemos ver la paga del pecado, la paga que da el diablo. Primeramente él atrae a una tierra lejana con la promesa de oro y plata, pero cuando la bolsa de dinero se acaba, no queda más que un cuerpo flacuchento y una vida miserable. Pero lo peor, amigos, es cuando uno tenga que aprender esto en la hora de su muerte, cuando ya sea tarde, demasiado tarde. ¡Qué bendición es cuando estas cosas se hagan realidad mientras todavía estamos en el día de la gracia!

Otra vez les pregunto, ¿ven al hijo pródigo de vuelta? Esto es el fruto del amor Divino que atrae, y para los que han aprendido algo de eso, sabrán que también es fruto de la gracia Divina. Es algo que no se puede aprender por nuestra naturaleza, sino requiere de la mano de Dios.

¿Cuánto tiempo habría tardado el hijo pródigo en llegarse a casa? Oh, hoy en día el hombre llega allí muy pronto, o así piensa. El hombre simplemente se arrodilla una vez; éste deja su botella del alcohol, y aquello ya asiste a la iglesia, y desde ya se sienten otra vez en casa. Sin embargo, no fue tan rápido con el hijo pródigo. Es posible que él hubiera dejado la casa de su padre montando un animal, pero ahora él tiene que caminar de regreso. Sí, el camino de vuelta a casa se aprende en sus rodillas, y es un camino que se aprende lentamente. Me imagino que muchas veces este joven tenía que parar y clamar: “Ya no soy digno de ser llamado tu hijo”. Es más, seguramente el hijo pródigo recibió muchas visitas del diablo en su camino de regreso, quien le señala su ropa sucia y le trata de convencer que ya no es posible volver. ¿Ven, amigos, que en el camino de vuelta a la casa del padre es necesario aprender algo de la muerte? Hemos hablado de la escuela del sufrimiento, y de hecho, ¡cómo tiene que sufrir uno que verdaderamente está de vuelta a la casa de su padre! No, ese sufrimiento no es solamente según la carne, y no es sólo a través de la cruz que tiene que llevar, sino es un sufrimiento del alma. Su llanto llega a ser:

*A Dios mi oración irá,
Pues Él siempre me escuchará;
Confío en Él aunque el pesar
No se haya podido aliviar;
De noche mis manos alcé,
La luz sin consuelo busqué.*

Oh, ¡cuán largo puede ser el camino de regreso a casa! A veces pareciera que siempre se quedaría la noche, y uno dice de la risa con Salomón: “A la risa dije: Enloqueces; y al placer: ¿De qué sirve esto?” (Ec. 2:2) Hay muchas lágrimas en el camino rumbo a la casa otra vez. Para el hijo pródigo, se da cuenta de cuán lejos se había ido de la casa, algo que no sabía antes. Podemos escuchar al hijo orando: “Oh Dios, no me dejes perecer en mi opresión”, y luego lo escuchamos decir: “Como el siervo brama por las corrientes de las aguas, así clama por ti, oh Dios, el alma mía” (Salmo 42:1).

Lo que no sabía el hijo pródigo era que su padre estaba esperándolo, día tras día. Cada día miraba por el camino para ver si regresaba su hijo. Podemos denominar eso el amor Divino, y el amor que atrae a sí, porque el pecador jamás volvería de la tierra lejana de sí mismo, sino se necesita de una obra Divina para que acontezca eso. Y para eso, hay una sola cosa que puede romper el corazón endurecido, y es el amor. El amor es la única cosa que por fin hará que el pecador se arrodille en el polvo y clame: “He hecho lo malo delante de tus ojos” (Salmo 51:4).

Una vez había un joven rebelde que recibió permiso de su padre de regresar a su casa. Sin embargo, su padre le había enviado un mensaje que decía: “Depende de muchas cosas si te recibo o no cuando vuelvas, mi hijo. De todos modos, vuélvete, pero si es que te quiero recibir, verás una tela blanca colgada en los árboles alrededor de la casa”. Así que el joven regresaba por tren, pero iba con mucha preocupación, porque no sabía si vería esa tela blanca o no. Se agachó la cabeza con vergüenza y lágrimas, tanto que se dio cuenta un compañero en el tren, quien le preguntó por qué lloraba. El joven le contó toda la historia, y el amable hombre prometió ayudarle buscar la esperada tela blanca. De repente cuando el tren se acercó al pueblo, el compañero del joven gritó con gozo: “¡Levanta la cabeza y mira por allá, amigo!” No sólo había una tela blanca colgada de un árbol, sino que todos los árboles estaban cubiertos de tela blanca. ¡Qué expresión más hermosa del amor de un padre!

No se puede expresar el gozo Divino al recibir un hijo pródigo a casa de nuevo. ¿Cómo puede gozarse Dios al ver la vuelta de un miserable pecador? Por más que parezca imposible para el hombre, es muy cierto que hay gozo en el corazón del Padre. Dios Mismo ha hecho posible el camino por lo cual el hijo pródigo pueda regresar, y es por el camino del sufrimiento del bendito Señor Jesucristo. De este modo Dios no pierde nada de Su justicia, y ninguno de Sus atributos se disminuye cuando un pecado vuelve a Él a través de la obra del Salvador.

En nuestra parábola, vemos que el padre espera al hijo con lágrimas. Y de repente, ¡ve que su hijo se acerca! Es probable que el hijo también vea que su padre lo espera. Oh, ¡qué momento más feliz! No se lo puede expresar con palabras, porque es más allá del entendimiento humano. Sólo podemos

maravillarnos al ver tanto amor. Y, cuando el padre corre para recibir a su hijo, podemos escuchar al hijo llorando con las palabras de Salmo 25, lo cual cantaremos del **Salterio 435:3**.

*De Tus bienes y Tus gracias
¡Oh acuérdate, Señor!
Y de Tus misericordias
Danos siempre en amor.
Quita de mi mocedad,
Rebeliones y pecados.
Señor, según Tu bondad
Jamás sea yo olvidado.*

Tercer pensamiento

Ahora consideraremos nuestro tercer pensamiento, *llegando a casa por fin*. La parábola del hijo pródigo ha llegado a su culminación. El hijo no puede avanzar un paso más, y no se atreve a hacerlo. Hoy en día se escucha que nosotros tenemos que hacer nuestra parte para ser salvo, pero de hecho, ningún pecador jamás volverá a Dios de sí mismo. Aun después de haber recibido la gracia, el pecador queda incapaz de hacer apenas un paso hacia Dios por sus propias fuerzas. Eso se evidencia con el hijo pródigo: él casi llegó a casa, pero llegó hasta cierto punto y no pudo más. Recuerden, amigos, el estar *casi* en casa no es igual que *estar* en casa.

Pero ahí se manifiesta otra vez el amor del padre, porque leemos que “cuando aún estaba lejos, lo vio su padre, y fue movido a misericordia, y corrió, y se echó sobre su cuello, y le besó”. Sí, amigos, eso es lo que pasa en la salvación verdadera. Antes de que el hijo aun hubiera visto a su padre, el padre había visto al hijo. Aunque nadie más lo hubiera reconocido al hijo pródigo, el padre sí lo reconoció, y aun desde lejos. Dios ve y reconoce a Sus hijos desde una distancia aun mucho más grande; Dios ha mirado a Su pueblo desde la eternidad. Sí, desde la eternidad Dios Padre ha mirado a Sus hijos perdidos que eran dignos del infierno, y los ha mirado cuando aun estaban en una tierra lejana al lado del comedero de los cerdos. ¡Qué consuelo es este conocimiento de un Dios vivo para un hijo pródigo que ha llorado tanto en secreto!

El padre no sólo ve a su hijo, sino que también corre y se echa sobre su cuello. He aquí el amor incomprensible, donde son vendadas todas las heridas del hijo perdido. ¡Oh, cómo sería ese beso en el

cuello, y cómo serían las lágrimas del padre que cayeron en el cuello del hijo! Cuántas heridas hay como consecuencia del pecado y de esa hora terrible cuando el pecador intentó romper todos los lazos con Dios, y esto se experimenta cuando Dios trae a casa a un pecador. Entonces se experimenta de verdad la escuela del sufrimiento, y el único remedio que tiene efecto para curar es el amor del Padre, ese amor que se demostró cuando el padre del hijo pródigo se echó sobre el cuello de su hijo. Oh, ese amor no se puede expresar con palabras, pero sólo puede experimentarse en el corazón.

El hijo recibió el beso del amor, pero también el beso de curación. Fíjense que el hijo no primeramente confiesa su culpa para luego ser besado, ¡no! Primeramente el padre lo besa, y luego, como fruto, el hijo clama: “Ya no soy digno de ser llamado tu hijo”. ¿Ven ustedes cuál es el fruto de la gracia? El pecador no se hace grande y bueno en sus propios ojos cuando recibe la gracia; más bien, se agacha y se arrodilla aún más, porque el amor hace que se sienta aun menos digno de las bendiciones del Padre. “Ya no soy digno...” dice el hijo. Cuanto más se perdona, tanto más se siente no digno, y tanto más que el pecador se humilla.

En la parábola, todos quedan felices: el padre está feliz, porque su hijo que se había perdido es hallada; su hijo estaba muerto, pero ahora ha revivido. Aun los criados están felices, y el padre les manda que se celebre la llegada de su hijo. Se abren las puertas de la casa, y el padre entra con su hijo.

Es cierto, para los hijos de Dios, sólo se experimenta una pequeña parte de su felicidad aquí en la tierra, y normalmente esa felicidad aquí abajo es momentánea y luego desaparece otra vez. Sin embargo, para ellos vendrá un día de la perfección de su gozo cuando ellos saldrán para siempre de la tierra del pecado para estar en casa con Su Padre siempre.

Creo que sucedió algo más con el hijo pródigo. Todavía estaba vistiéndose esa ropa sucia, ¿no es cierto? No puede entrar con esa ropa, y tiene que ser vestido de nuevo y lavado, para luego recibir el mejor vestido, el anillo en su mano, y calzado en sus pies. ¿Entienden lo que quiero decir con esto? Algunas veces se dice que un “pobre pecador” entra en el cielo, y por supuesto eso es cierto. Sin embargo, tenemos que comprender eso como un pobre pecador que ha sido *lavado* con la sangre preciosa de Cristo.

Es la única manera en que todos los hijos de Dios llegan a casa: desde el más pequeño hasta el más avanzado en la vida de la gracia.

Quisiera destacar que algunas personas dicen que no se encuentra nada sobre Cristo en esta parábola, ya que sólo habla del padre y de su hijo pródigo, el pecador. Sin embargo, aquellas personas que han experimentado algo que experimentó este hijo pródigo, quienes se han humillado en el polvo del arrepentimiento y han gustado el beso del Padre, jamás dirían algo semejante. Más bien, para el hijo pródigo que *puede* volverse a casa, esta parábola está llena del bendito Salvador. Aunque fuera el único hecho de que Cristo Mismo dijo esta parábola, esto sería suficiente, pero hay mucho más. Tanto el beso en el cuello del hijo, como la ropa con que se vistió, el anillo puesto en su mano, y el becerro gordo hablan *mucho* de Cristo, y sólo de Cristo. Estas cosas tienen que ser aprendidas en la escuela de la gracia, y esa escuela nunca comienza con Jesús, sino comienza al lado del comedero de los cerdos, donde uno aprende que sólo es posible ser salvo a través de Él. Es entonces que los hijos pródigos tienen que perder todo, para quedarse solos en una tierra lejana.

Como último punto hoy, veremos que el hijo mayor vuelve a la casa. Estaba en el campo, pero vino cuando oyó la música y las canciones, y le pregunta a su padre qué significa toda esta celebración. Sin embargo, cuando escucha acerca de su hermano menor, se enoja. ¿Qué...su hermano menor había vuelto? Ya él ni quiere entrar en la casa más, porque no quiere estar junto con una persona que ha malgastado todos sus bienes con ramera. ¡Jamás! Y por más que sale su padre para convencerle, se niega a entrar y se queda afuera. Eso también es posible: ser llamado “hijo”, pero en fin quedar afuera. Este hijo mayor nunca había desobedecido a su padre, y siempre había estado con él, pero al final, se quedó afuera. Y lo peor es que él nunca probó el becerro gordo, y nunca participó en esta fiesta de gran gozo. ¿Cómo puede ser posible? Oh, amigos, no hubo campo en su corazón para esto. El hijo mayor trabajó por su padre para recibir el dinero, y así amó al padre de la misma manera que lo amaban los siervos, sólo para el dinero.

De hecho, el hijo mayor es un enemigo de la gracia soberana. Hay muchos de esta clase; están en el campo, y sirven a Moisés y la ley. No hacen daño a nadie; tal vez han sido pecadores antes, pero ahora, según ellos, ya no pecan. Más bien, piensan que agradan a Dios y a sus prójimos con su vida tan intachable. Muchas veces se ve que cuando los hijos pródigos regresan a casa, estas personas se enojan, a veces en secreto pero otras veces abiertamente. A veces estas personas piensan: “Si *ese* pecador es salvo, entonces no quiero estar en el cielo, porque jamás querría estar junto con esa clase de pecador”. Amigos, estos pensamientos aun pueden levantarse en el corazón de los hijos de Dios, pues también el hijo mayor vive muy cerca de nosotros, ¡y aun en el mismo corazón! Qué Dios nos enseñe estas cosas.

Por eso, no es fácil para el hijo mayor cuando ve a su hermano menor entrar junto con su padre. No, ciertamente no es fácil ver que los que se han portado bien se quedan afuera, mientras los maleantes entran en la casa. Todas estas cosas tienen que ser aprendidas en la escuela de la gracia. Entonces tengo que volver y estar al lado del hijo menor, y aun llegar a ser *menos* que él. Y, pueden imaginarse que eso no es fácil para el hijo mayor, cuando él aprende que aun el campo que queda cerca de la casa de su padre es una “tierra lejana” y una “provincia apartada”. Es decir, ¡el regreso a la casa del padre es tan difícil para el uno como para el otro! Más bien, a veces el camino de regreso es aun más difícil para los que se han quedado cerca de la casa. ¿Me entienden? Es entonces que a veces Timoteo envidia a Pablo, y un hijo mayor envidia a un hijo menor, pues Pablo y el hijo menor han sido salvos de una manera tan poderosa. Sin embargo, amigos, muchas veces el opuesto ocurre, cuando el hijo menor es envidioso del hijo mayor, porque no ha sido tan rebelde, y no es culpable de los tantos pecados que él mismo ha cometido. ¡Nunca pensemos que tenemos que pecar mucho para ser salvos; ya *somos* pecados por nuestra naturaleza!

Es tiempo terminar nuestro mensaje, amigos. El hijo menor está en la casa con su padre. La Iglesia de Dios alguna vez llegará a casa para jamás salir de ella. Y, ¿qué será eso? Será las bodas del Cordero, cuando ellos se vestirán de blanco, y Dios enjugará cada lágrima de sus ojos.

Y ahora la pregunta es: ¿Tiene usted una esperanza bien fundamentada de esta bendita porción? Es muy necesario que nos examinemos en este sentido, porque nuestro corazón es muy engañoso. No

obstante, si el Señor lo ha arrestado a usted en una tierra lejana, y si Él le ha enseñado de su necesidad de Cristo en la escuela del sufrimiento, entonces habrá momentos en esta vida cuando usted anhela estar en casa otra vez con el Padre, porque la vida en esta tierra ha llegado a ser como un desierto para usted. En este mundo, aunque una persona ha recibido la gracia salvadora, ¡cuántas veces se vuelve la espalda a Dios y regresa a la tierra lejana del pecado! Oh, entonces el pecador anhela el día cuando sea librado del pecado para estar con Dios siempre. Ese día sí vendrá, porque después de una tribulación de diez días, todos los hijos de Dios llegarán en casa para estar con Él siempre, Amén.